

1980

El hombre y su circunstancia

PRESENCIA DE JULIO CÉSAR JOBET EN EL PROCESO POLITICO CHILENO

Por BELARMINO ELGUETA

El tiempo del oprobio no transcurre en vano en Chile. En medio del nuevo "peso de la noche" que aplasta y oscurece la vida colectiva, compatriotas ejemplares emprenden el viaje sin retorno. Rendimos homenaje a Julio César Jobet, combatiente destacado de la causa de la cultura, la democracia y el socialismo. Su muerte, acaecida sólo hace algunas semanas, remece nuestros corazones y a la vez fortalece nuestros espíritus, por el legado de ideas y sentimientos que él nos deja, emanado de la pasión creadora que abrazara su existencia.

Julio César Jobet asiste en su juventud a uno de los períodos más interesante del desarrollo político chileno. Su generación emerge a la escena nacional en visperas de la Segunda Guerra Mundial, cuando se desencadenan grandes conflictos sociales que conmueven a todo el país, los cuales definirán las condiciones materiales e ideológicas determinantes de la situación actual. Nuestro autor se ubica — conforme al concepto sobre las generaciones de José Ortega y Gasset — en la de 1938, año que marca el inicio de un período de ascenso vertiginoso del movimiento popular en Chile.

Según el propio Jobet, los hechos decisivos de la toma de conciencia y de la actividad de la generación de 1938, en el marco mundial, son la gran crisis del sistema capitalista, las convulsiones sociales subsiguientes producidas en todas las latitudes y la amenaza del fascismo regresivo y terrorista. Esta generación enfrenta, en el interior, la lucha contra la dictadura del general Carlos Ibáñez, participa en el movimiento popular por la democratización de las instituciones, combate la "dictadura legal" de Arturo Alessandri, y rechaza la violencia provocadora del nazismo criollo.

No son éstas, sin embargo, las única preocupaciones históricas que afronta. En el orden internacional, vibra de entusiasmo con el movimiento de solidaridad con el pueblo español durante la guerra civil, experimenta horror ante las purgas masivas realizadas en el Partido Bolchevique por la burocracia stalinista y vive las inquietudes inherentes al estallido de la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial. En el orden nacional, participa de los afanes de la clase trabajadora

por conquistar el gobierno, lo que consigue en 1938 a través del Frente Popular, la gran alianza con la burguesía nacional.

La intelectualidad de esta generación se incorpora, pues, a este movimiento multitudinario, afiliándose a los partidos obreros — socialista y comunista — y muchos de sus más destacados integrantes asumen, por primera vez, responsabilidades en el nuevo gobierno presidido por el maestro y estadista Pedro Aguirre Cerda. Esta misma intelectualidad promueve, en el campo del arte, una profunda transformación en la temática y los estilos, replanteando la función social del artista y la necesidad de elevar la categoría de sus obras.

Jobet es uno de los más altos valores del Partido Socialista. Se afilia a él desde su fundación y llega a ser miembro de su Comité Central entre los años 1937 y 1942. Hombre ilustrado y atento a todos los avances de la cultura, convierte su militancia, no sólo en el cumplimiento de los deberes políticos rutinarios, sino en un compromiso con el perfeccionamiento de la clase trabajadora, empezando por su misma organización política. Pocos han sentido tan profundamente como él los deberes de la inteligencia. Su acción educadora está diseminada en todas las publicaciones socialistas y democráticas de su país, durante una jornada que se prolonga tanto como la existencia misma de su partido.

Jobet recoge y traduce principalmente el estado de crisis del propio período en que él vive y procede de acuerdo al espíritu de su tiempo. Por eso, su revisión del pasado tiene como objetivo comprender mejor el presente y vislumbrar las incertidumbres del futuro. Como todo estudioso de la Historia, él sabe que los tiempos transcurridos son fuente inagotable de conocimiento, a condición de que no se pretenda transmutar los valores del pasado al presente, ni tampoco insuflar las ideas del presente a los protagonistas del pasado. La vida contemporánea exhibe sus propios problemas y éstos constituyen un desafío que corresponde, precisamente, a los hombres de nuestros días resolver.

La investigación histórica se convierte así en un instrumento del incesante proceso de cambio de la

sociedad y del hombre. Pero Jobet no es, en estricto sentido, un historiador, porque su obra se refiere a su propio tiempo o, cuando más, al período que inmediatamente la precede y, por consiguiente, no dispone de la perspectiva que ofrece el transcurso de toda una época. Su obra es principalmente testimonial, si bien hay una parte en la que también actúa como juez. Su mismo autor ha dicho reiteradamente, que no es propiamente un historiador, sino un ensayista, con una interpretación revisionista de la evolución política de Chile y una decidida intención de relacionar el movimiento democrático izquierdista a fuentes ideológicas nacionales. Para eso, ha reivindicado a todos los grandes valores intelectuales y ha investigado acuciosamente el desarrollo de las ideas en su país.

Las raíces de la crisis social en su obra

La crisis de crecimiento de la sociedad chilena presenta dos aspectos interdependientes desde los cuales suele analizarse: las interpretaciones del pasado nacional y las confrontaciones sociales del presente. Nada de lo que sucede hoy es ajeno al acontecer de ayer; sólo indagando el pasado es posible encontrar las raíces de los conflictos del presente. La apasionada búsqueda de un camino para el desarrollo social supone, por eso, la definición previa de la identidad nacional, como quiera que las interrogantes o los grandes problemas actuales tropiezan con nuestra formación histórica. Y esta identidad nacional sólo pueda surgir de la imagen resultante de la confrontación de los hechos con las ideas, tanto en la historiografía como en la práctica política.

La obra de Jobet se da, por lo mismo, en esos dos plenos, para lo cual él ha participado en la renovación de los métodos de investigación y análisis. Su formación marxista le ha proporcionado el espíritu crítico necesario para encarar su tarea. Así, durante cuarenta años, ha escudriñado en los orígenes de la crisis social chilena, introduciendo el escalpelo de su análisis sistemático en la realidad histórica con tal lucidez y pasión que ha hecho brotar de sus entrañas una perspectiva distinta de la que la historiografía conservadora había difundido, por mucho tiempo, en los medios académicos y populares. Con este trabajo laborioso y apasionado, colabora en la demolición de la mitología portaliana, que sirve de cobertura a la política totalitaria y terrorista aplicada con intermitencia — cada una generación aproximadamente — por las clases propietarias.

Su obra, en este plano, ya es suficiente para destacarlo entre los forjadores del Chile de mañana. Pero este espíritu sensitivo para apreciar la evolución de la humanidad y las injusticias sociales de su época no se ha detenido en ella. En Jobet no se escinde la "hora del conocimiento" de la "hora de la acción", sino que am-

bas se dan simultáneamente a través de un proceso dialéctico. Armado de su espíritu crítico, se incorpora en plena juventud al campo de la política chilena, que en la década del treinta se pone al rojo vivo, y se lanza a destruir sofismas filosóficos, a señalar los enemigos principales y a desenmascarar el oportunismo en las filas de la izquierda. Este hombre apacible, pero de profunda vida interior, es el más intransigente luchador en el orden de las ideas.

De este modo, la preocupación intelectual de Jobet tiene dos vertientes: la historiografía y el pensamiento político. Por esta circunstancia, también, sus obras de escritor pueden clasificarse en este mismo sentido. Entre las primeras, cabe mencionar el "Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile"; "Tres ensayos históricos" y "Temas históricos chilenos" y entre las segundas "Fundamentos del Marxismo", "Precursos del pensamiento social de Chile"; "Doctrina y praxis de educadores chilenos"; en general, sus ensayos y artículos diseminados en diarios y revistas.

Julio César Jobet publica su "Ensayo crítico del desarrollo económico social de Chile" en 1951, lo que da lugar a las más encontradas y apasionadas críticas en los medios intelectuales y políticos. En el propio Congreso Nacional se levantan voces agresivas en contra de la Universidad de Chile por haber dado cabida al mencionado trabajo en los "Anales de la Universidad", amenazando a esta casa de estudios superiores con reducciones en su presupuesto a manera de represalia. Así, una vez más, se hace presente la soberbia aristocrática, herida en su orgullo de casta dominante por la crítica punzante del valiente escritor.

Este libro es la clave de las obras de Jobet, como quiera que, en torno a este agudo ensayo, expone una variada temática en nuevos estudios, como el origen del movimiento obrero, el desarrollo del pensamiento social, la presencia del imperialismo, la historia del Partido Socialista, etc. En el corazón de este análisis está la preocupación por los orígenes del subdesarrollo y la formación histórica de Chile. Parte, por eso, con una crítica severa a la historiografía tradicional — que destaca como únicos protagonistas de la hazaña chilena a las clases dominantes — para concluir reivindicando el rol del pueblo y sus capas más explotadas. Así, surge de sus páginas la lucha de clases como la fuerza motriz de la historia, particularmente en su "Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y el socialismo chilenos".

Reconstruida nuestra historia más reciente, a través de cuyo proceso intelectual el pueblo se pone de pie, surge irredarguible la gran verdad: Chile solo saldrá del subdesarrollo y la pobreza por la acción revolucionaria de la nueva conciencia social que emerge de las masas. Ella se expresa, desde fines del siglo diecinueve, en la creación de las organizaciones y la prensa

obreras, en la fructificación del pensamiento social precursor de los grandes movimientos reivindicativos de comienzos de la presente centuria, en la fusión creadora del pensamiento socialista maduro con el movimiento obrero, en el nacimiento de los partidos revolucionarios y en las experiencias dramáticas que vive el pueblo en momentos cruciales — como en 1920 y 1938 — que anuncian a su vez la epopeya mayor: la lucha — vacilante, pero conciente — por el poder en 1970-1973.

En este largo proceso de formación de la conciencia revolucionaria del proletariado chileno, Jobet mira con interés, no exento de entusiasmo, la labor ideológica de los pensadores políticos democráticos y socialistas de las dos últimas centurias, desde José Victorino Lastarria a Valentín Letelier, entre los liberales, y de Santiago Arcos e Alejandro Venegas, entre los socialistas. Son ellos los forjadores de una tradición de izquierda menospreciada por la historiografía burguesa y no considerada, en todo su valor, por los partidos populares. Complementa, por eso, a su obra anterior, su libro "Precursores del pensamiento social de Chile", publicado en su país, en 1956, por la Editorial Universitaria, S.A.

"Precursores del pensamiento social de Chile" es un libro pleno de enseñanzas y emociones. "Jobet pinta — expresa uno de sus críticos — fascinantes retratos de las personalidades intelectuales y políticas, de quienes trataron de establecer una nueva identidad política y social para la nación chilena. Traza el crecimiento de la noción de *conflicto de clases*, desde la rebelión de aquéllos a quienes Vicuña Mackenna ha llamado los "girondinos chilenos" de 1850, a los críticos del parlamentarismo y capitalismo en el siglo veinte. Incluye a aquellos propiciadores del reformismo liberal tanto como a los pensadores más radicales porque en su propio humanismo cultivado ellos desafiaron las banalidades de la 'politiquería' y propusieron serias reformas en educación, finanzas y desarrollo agrícola". Ellos son nuestros profetas olvidados.

El Partido Socialista de Chile

Julio César Jobet ve en el Partido Socialista el instrumento fundamental para construir el Chile de mañana, precisamente, porque este vasto movimiento político nacional surge de la experiencia de las masas, desde las primeras expresiones de lucha económica del proletariado hasta la lucha por el poder. El movimiento obrero se nutre, en efecto, durante su infancia, de las aportaciones ideológicas de aquellos precursores del pensamiento social que señalan al socialismo como el camino de su liberación y se funde, en su madurez, con la teoría marxista para adquirir un carácter revolucionario. Por eso, él se convierte en protagonista e

historiador del socialismo chileno.

La generación de 1938 tiene el privilegio de tomar contacto con las grandes concepciones filosóficas y sociales de la época, que entonces alcanzan su máxima difusión en Chile. Pero, quizás su mayor ventaja es el hecho de poder confrontarlas con los acontecimientos cruciales que vive la humanidad durante esos años tormentosos. Desde luego, las lecturas de los *precursores* no son las mismas que las de la generación de 1938, ni éstas son iguales a las de hoy, si bien desde el Manifiesto Comunista de 1848, los fundadores del socialismo científico constituyen la fuente primera de la formación de todo revolucionario. Jobet señala, en un trabajo titulado, precisamente, "La generación de 1938 en Chile y las grandes concepciones filosóficas y sociales de su época", la literatura en boga entonces y las corrientes que ejercen una influencia más profunda. Entre ellas, destaca naturalmente el marxismo como la más decisiva.

Expresa Jobet la gravitación de esta doctrina a través de su vivencia personal. "El marxismo en Chile, en la década del treinta, fue para muchos como una justificación de su rebelión contra un orden económico y social injusto y una explicación racional de su inconformismo y de su anhelo de libertad mental. Además, un cauce a su actitud iconoclasta, derivándola hacia la revolución. Resultaba una doctrina profunda que daba solución a los innumerables problemas del hombre social y, al mismo tiempo, ~~facil~~ de reducirse a esquemas sencillos, o fórmulas tajantes que impulsaban a la acción en vez de encerrarlo en la tranquilidad del gabinete o de aislarlo en la academia estéril de la discusión. Esta cualidad entrañaba un peligro: el de estratificar la teoría en consignas rígidas y aprisionar a sus adeptos en el círculo asfixiante de los dogmas. Y así ocurrió con numerosos seguidores del marxismo. Este no emancipó sus espíritus ni les dio libertad mental; únicamente los ~~aprovechó~~ **aprovisionó** de "slogans" y los transformó en sectarios con un lenguaje agresivo y pedante".

Esta distinción que hace Jobet en la apreciación del marxismo constituye la línea demarcatoria entre los socialistas y los comunistas en Chile. La generación de 1938 se divide: unos se incorporan al Partido Socialista y otros al Partido Comunista, en tanto que un sector importante forja el movimiento socialcristiano. "Los que nos hicimos socialistas — dice Jobet — nos negamos a momificar el marxismo y a confundirlo exclusivamente con el Partido Comunista de la URSS. Ante todo, lo sentimos como un renovador completo de la realidad y guía para la acción. Su contenido humanista y su apetencia de libertad, su rechazo a todo poder estatista y burocrático y su objetivo revolucionario, orientado a construir una nueva sociedad, en la cual el pleno desarrollo de cada uno es la condición para el pleno desarrollo de todos, satisfacía de manera profunda nuestras as-

piraciones de cambio, de justicia, de libertad”.

En este sentido, repite con Marx y Engels. “No tenemos deseos de comprar la igualdad al precio de la libertad”.

Jobet influye apreciablemente en el desarrollo del pensamiento del Partido Socialista. Miembro de su Comité Central, de 1937 a 1942, es el más documentado de los críticos de la política de frente popular. Para el libro de Humberto Mendoza “¿Ahora qué?”, publicado en 1942, escribió un prólogo que, por la profundidad del análisis, la severidad de la crítica y la visión de sus sugerencias, es más orientador que el mismo libro prologado. En 1946 se une jubilosamente, junto con Eugenio González (quien, entonces, es elegido por primera vez miembro del Comité Central del Partido que él mismo fundara), al movimiento de juventud que produce una renovación esencial en la organización.

Despedida melancólica

Este trabajador intelectual infatigable siente, por fin, la necesidad imperiosa del reposo, no por la pérdida de la fe en los ideales que abrazara en su juventud, sino por haber sido golpeado cruelmente por la adversidad. Consciente de que ha llegado la hora de abandonar su labor de escritor, publica en la revista “Occidente”, No. 263 correspondiente a los meses de octubre y noviembre de 1975, de Santiago de Chile (de la cual fue asiduo colaborador), un trabajo con el significativo título de “Despedida melancólica”, en el que explica a sus lectores su dramática situación. “El 18 de enero de 1973 — dice Jobet — cumplí 6 años, y ya mi salud era muy delicada a causa de un agudo estado nervioso y una alta hipertensión. Pasé el verano en condiciones precarias aunque logré terminar algunos trabajos comenzados...” He ahí el combatiente que no abandona todavía sus armas.

Pero el destino se ensaña con él. Como expresa en estas dramáticas páginas autobiográficas, “el 6 de abril en la mañana, mientras me duchaba, una terrible trombosis me colocó al borde de la muerte, aniquilandome física y espiritualmente con la parálisis de todo el lado izquierdo de mi cuerpo, después de varios días de intensa lucha me salvé y comencé una lenta y prolongada rehabilitación”. Jobet se recupera y conserva su lucidez mental, pero su capacidad de trabajo y su entusiasmo intelectual decaen notablemente porque “el espectro de la muerte anula su anhelo creador”.

Para ilustrar su situación dolorosa, derivada de aquella terrible enfermedad y del ambiente de preguerra civil existente entonces en el país, cita a Martín du Card: “La inteligencia humana se nutre tan esencialmente de futuro, que en el instante en que toda posibi-

lidad de porvenir queda abolida, cuando cada impulso del espíritu choca indistintamente contra la muerte, ya no hay pensamiento posible”. Luego, vive semanas de pavor — así lo confiesa él mismo — ante los trágicos hechos de septiembre de 1973 y se transforma en un ser desalentado y sufriente, sumergido en su estoicismo natural, pero todavía afirmado en su pública y reiterada posición humanista y antitotalitaria, en su sincero idealismo político democrático, en su elevada conducta ética.

Siente que el hundimiento del gobierno popular en 1973 ha significado el desaparecimiento de toda una “belle époque” de la democracia liberal y del ascenso político del movimiento popular, a cuyo desarrollo colaboró en el curso de su existencia. La muerte de Salvador Allende, primero, y el desaparecimiento de notables políticos, estadistas, educadores, artistas y dirigentes obreros, después, representan el término de un período resplandeciente de la vida cultural y social de Chile. El último golpe para su espíritu es la partida sin regreso de Oscar Schnake y Eugenio González, protagonistas principales del movimiento revolucionario del 4 de junio de 1932 y fundadores del Partido Socialista, a quienes considera sus maestros.

En su “despedida melancólica” percibe, con su clara inteligencia y fina sensibilidad, lo que otros se resisten a reconocer, porque se aferran egoístamente a la ambición de volver a ejercer liderazgos fracasados “Asistimos — dice con impresionante sinceridad — a la liquidación de todo un período histórico-político, literario y artístico — y de cuyas ruinas habrá de brotar otra fase, con otros dirigentes, otros ideales y otra sensibilidad. Pero los de mi generación, y yo mismo, ya no nos reconocemos en ella, ni podemos jugar algún papel...” Rotundamente afirma: “Hemos perecido moral y espiritualmente en la catástrofe”.

Todo corrobora en el Chile de entonces este sentimiento de frustración y derrota, que abate a su espíritu. Son suyas también estas palabras: “El sentimiento de soledad y de tristeza se agudiza al caminar por las calles derrumbadas, los edificios característicos demolidos; al notar la ausencia de tantos amigos desaparecidos en la tormenta, y el predominio de compatriotas desconocidos, indiferentes o desconfiados de los viejos, acusados de ser los causantes del trastorno ocurrido”. No obstante, este gran humanista y socialista, que aún tiene atento el oído para escuchar el rumor de la muchedumbre abandonada y percibir el tañido de las campanas de palo que doblan por su duelo, proyecta su esperanza hacia un porvenir más venturoso: “Únicamente podemos pensar y desear — dice — que la nueva época sea superior, mejor para bien de nuestra amada patria”. Sí, Jobet tiene razón. La Historia, que es la vida de los pueblos, recomienza mañana.

Pero todo no es tristeza y abatimiento. Por encima

de la derrota momentánea, su espíritu se ilumina por el vigor de sus ideales y embiste, en la última parte de su "despedida melancólica", contra el historiador Francisco Antonio Encina, creador del substrato ideológico — reaccionario y oligárquico — de la política que se enseña actualmente en Chile. Jobet combate en lo que ha sido siempre su frente. Así, aún en su vejez y enfermedad (y a pesar de su "melancolía"), señala un derrotero a su pueblo, a través del análisis de su formación histórica y la definición del ser nacional y social del futuro.

Es el derrotero del combate, dos veces apreciado: primero, por el valor intrínseco que contiene su mensaje y, segundo, por provenir de un hombre que percibe estoicamente la lenta extinción de su vida. ¡Qué hermoso ejemplo para la juventud chilena!

La pasión creadora como legado

La muerte de Jobet se produce en Chile, cuando la dictadura de Pinochet procura perpetuarse a través de un fraude plebiscitario, sin abdicar de ninguno de sus principios. Durante estos años dolorosos, interviene en foros públicos sobre temas historiográficos, se preocupa por el destino del P S y participa en el proceso de su reconstrucción. Independientemente de sus concepciones sobre el partido, su doctrina y su política, él ha dejado un legado para el movimiento popular. Es su pasión creadora expresada en diversas formas:

- Su trabajo intelectual, realizado con renovado entusiasmo y profunda fidelidad al sentido ético del socialismo.
- Su actividad educativa en liceos y en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde influye en la formación de muchos nuevos investigadores.
- Su posición militante, mantenida sin interrupción durante cuatro décadas, aportando su capacidad de análisis de la realidad nacional.
- Su preocupación por la sistematización del pensamiento socialista, convirtiéndose en el historiador del partido a través de sus congresos.
- Su investigación permanente del origen y desarrollo del movimiento obrero, así como de las raíces histórica del socialismo chileno.

El propio Jobet corrobora este legado.

En carta del 18 de enero del presente año, enviada

a través de mi esposa, transmite el que quizás sea su último mensaje al exilio. "Emocionadas gracias — dice — por su hermoso, acertado y completo ensayo acerca de mi época y de mi personalidad. Trataré de que se publique aquí apenas se abra un "resquicio" en medio del 'apagón cultural y político' que nos envuelve en Chile". Se trata de un estudio que yo hiciera como reconocimiento de su obra, para ser publicado en nuestro país.

Sobre la actividad intelectual en nuestra patria, expresa: "En estos momentos existe una gran inquietud ideológica, en el campo político, en la investigación socio-histórica de Chile. Mucha juventud nueva examina, estudia, investiga y escribe. Las ideas no se matan, no se degüellan. Es una esperanza cierta, positiva. Con una nueva mentalidad y un más sensato idealismo, con seguridad se reconstruirá el pasado histórico, lejos del consignismo y del dogmatismo partidistas que nos perdieron".

Ante este renacimiento intelectual, fija su posición: "Aunque estoy viejo (acabo de cumplir los 68 años), achacoso y bastante desconcertado y desalentado, mantengo contacto con muchos grupos jóvenes, de nuevos investigadores, y con viejos políticos de las diversas tendencias que ahora sueñan con la reconstrucción de la democracia, del civilismo y de la sensatez".

Este estado de ánimo colectivo le entusiasma, afirmando su voluntad de lucha. "Tratamos — expresa — de formar una nueva mentalidad, sin los dogmatismos, fanatismos y oportunismos de antaño. Se que el socialismo se reestructurará en un solo bloque, no como partido estrecho, esquemático, demagógico, palabrero, sino como movimiento amplio, creador, ecuaníme, democrático, polivariano, o sea, de acuerdo con los principios iniciales del P S , y que hicieron su grandeza". Es un mensaje postrero al exilio.

Podemos coincidir o no con esta concepción de Jobet, pero ella tiene el valor moral de representar su íntima inquietud por el destino de Chile y de su partido, que también es el nuestro, hasta el último aliento de su vida.

Julio Cesar Jobet fue nuestro camarada en la búsqueda de la gran utopía socialista. Por su vida pura y transparente, otro igual no encontraremos. El mejor reconocimiento que hoy podemos rendirle, por eso, es reafirmar nuestra voluntad de reconstruir el socialismo revolucionario y autónomo, que constituye el socialismo de nuestros fundadores, pero enriquecido por la creación teórica y la práctica política de 47 años de lucha sin tregua, en la cual muchos han caído heroicamente.